

VER:

En el primer retiro vimos que la Exhortación *Sacramentum Caritatis*, del Papa Benedicto XVI, publicada en 2007, nos ofrece una gran catequesis sobre la Eucaristía y la oración. En ella el Papa Benedicto XVI se propone recordarnos a los cristianos el insondable contenido del misterio de la Eucaristía, no en teoría, sino en lo hondo de nuestra fe, en la celebración y en la vida. También vimos que la Exhortación *Sacramentum Caritatis* está estructurada en tres partes:

- 1) La Eucaristía, misterio que se ha de **creer**.
- 2) La Eucaristía, misterio que se ha de **celebrar**.
- 3) La Eucaristía, misterio que se ha de **vivir**.

Asimismo, desde los primeros días de la Iglesia en los que, según narran los Hechos de los Apóstoles, todos los creyentes acudían a la “fracción del pan”, la Eucaristía ha venido siendo fuente de vida para la Iglesia. De ahí que el 17 de abril de 2003, Jueves Santo, en la Misa Vespertina de la Cena del Señor, el Papa Juan Pablo II presentó y firmó los primeros ejemplares de su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, “La Iglesia vive de la Eucaristía”, que estuvimos reflexionando en el segundo retiro.

Este cuarto retiro sobre la Eucaristía lleva por título: “Sin Eucaristía no hay domingo”, porque a principios del siglo IV, el emperador Diocleciano, además de confiscar a los cristianos todos los lugares de culto, también les prohibió reunirse, bajo pena capital. Un grupo de ellos, presididos por el presbítero Saturnino, se reunió en Abitinia (en el actual Tánger) para celebrar la Eucaristía.

Sorprendidos por el representante imperial, fueron preguntados por qué lo habían hecho. La respuesta fue ésta: «Sabíamos a lo que nos exponíamos, pero nosotros sin celebrar el domingo no podemos pasar». Todos fueron martirizados.

Nosotros también nos reunimos cada domingo para participar en la Eucaristía. En este retiro vamos a reflexionar y orar sobre las convicciones que nos mueven, y también sobre la gran importancia que tiene el domingo para nuestra vida cristiana. Y para ello vamos a ayudarnos de otro documento del Magisterio, la Carta Apostólica *Dies Domini*, “El día del Señor”, del Papa Juan Pablo II.

Para la reflexión:

- ¿Conocía estos documentos, *Sacramentum Caritatis*, *Ecclesia de Eucharistia* y *Dies Domini*, que estamos siguiendo este año? ¿Los he leído o tengo intención de hacerlo? ¿Por qué?
- Qué es el domingo para mí? ¿Cómo ordenaría, en un domingo, los siguientes conceptos: la familia, los amigos, la parroquia, el descanso, las diversiones...?
- ¿Cuándo participo habitualmente en la Eucaristía, sábado por la tarde o domingo? ¿Por qué?
- ¿Creo que “sin Eucaristía no hay domingo”? ¿Qué razones daría si alguien me lo preguntase?

JUZGAR: SIN EUCARISTÍA NO HAY DOMINGO

De la primera Apología de san Justino, mártir, en defensa de los cristianos, dirigido al emperador Antonio Pío. (Caps. 66-67: pg 6, 427-431)

La celebración de la eucaristía

A nadie le es lícito participar de la Eucaristía si no cree que son verdad las cosas que enseñamos y no se ha purificado en aquel baño que da la remisión de los pecados y la regeneración, y no vive como Cristo nos enseñó.

Porque no tomamos estos alimentos como si fueran un pan común o una bebida ordinaria, sino que, así como Cristo, nuestro salvador, se hizo carne por la Palabra de Dios y tuvo carne y sangre a causa de nuestra salvación, de la misma manera, hemos aprendido que el alimento sobre el que fue recitada la acción de gracias que contiene las palabras de Jesús, y con que se alimenta y transforma nuestra sangre y nuestra carne, es precisamente la carne y la sangre de aquel mismo Jesús que se encarnó.

Los apóstoles, en efecto, en sus tratados llamados Evangelios, nos cuentan que así les fue mandado, cuando Jesús, tomando pan y dando gracias, dijo: *Haced esto en conmemoración mía. Esto es mi cuerpo;* y luego, tomando del mismo modo en sus manos el cáliz, dio gracias y dijo: *Esto es mi sangre,* dándoselo a ellos solos. Desde entonces seguimos recordándonos siempre unos a otros estas cosas; y los que tenemos bienes acudimos en ayuda de los que no los tienen, y permanecemos unidos. Y siempre que presentamos nuestras ofrendas alabamos al Creador de todo por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo.

El día llamado del sol se reúnen todos en un lugar, lo mismo los que habitan en la ciudad que los que viven en el campo, y, según conviene, se leen los tratados de los apóstoles o los escritos de los profetas, según el tiempo lo permita.

Luego, cuando el lector termina, el que preside se encarga de amonestar, con palabras de exhortación, a la imitación de cosas tan admirables.

Después nos levantamos todos a la vez y recitamos preces; y a continuación, como ya dijimos, una vez que concluyen las plegarias, se trae pan, vino y agua: y el que preside pronuncia fervorosamente preces y acciones de gracias, y el pueblo responde *Amen;* tras de lo cual se distribuyen los dones sobre los que se ha pronunciado la acción de gracias, comulgan todos, y los diáconos se encargan de llevárselo a los ausentes.

Los que poseen bienes de fortuna y quieren, cada uno da, a su arbitrio, lo que bien le parece, y lo que se recoge se deposita ante el que preside, que es quien se ocupa de repartirlo entre los huérfanos y las viudas, los que por enfermedad u otra causa cualquiera pasan necesidad, así como a los presos y a los que se hallan de paso como huéspedes; en una palabra, él es quien se encarga de todos los necesitados.

Y nos reunimos todos el día del sol, primero porque este día es el primero de la creación, cuando Dios empezó a obrar sobre las tinieblas y la materia; y también porque es el día en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos. Le crucificaron, en efecto, la víspera del día de Saturno, y al día siguiente del de Saturno, o sea el día del sol, se dejó ver de sus apóstoles y discípulos y les enseñó todo lo que hemos expuesto a vuestra consideración.

Dice el Papa Benedicto XVI en *Sacramentum caritatis* 72 y 73

72. La costumbre característica de los cristianos de reunirse el primer día después del sábado para celebrar la resurrección de Cristo –según el relato de san Justino, mártir– es el hecho que define también la forma de la existencia renovada por el encuentro con Cristo (...) Los cristianos siempre han vivido este día como el primero de la semana, porque hace memoria de la radical novedad traída por Cristo. Así, pues, el domingo es el día en que el cristiano encuentra esa forma eucarística de su existencia y a la que está llamado a vivir constantemente. “Vivir el domingo” quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente.

73. Los Padres sinodales, conscientes de este nuevo principio de vida que la Eucaristía pone en el cristiano, han reafirmado su importancia para todos los fieles, como fuente de libertad auténtica, para poder vivir cada día según lo celebrado en el “día del Señor”.

En efecto, la vida de fe peligra cuando ya no se siente el deseo de participar en la celebración eucarística, en la que se hace memoria de la victoria pascual. Participar en la asamblea litúrgica dominical –junto con los hermanos y hermanas con los que se forma un solo Cuerpo en Jesucristo– es algo que la conciencia cristiana reclama y que al mismo tiempo la forma. Perder el sentido del domingo, como día del Señor para santificar, es síntoma de una pérdida del sentido auténtico de la libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios.

A este respecto, son hermosas las observaciones de mi querido predecesor Juan Pablo II, en la Carta apostólica *Dies Domini*, a propósito de las diversas dimensiones del domingo para los cristianos: es *dies Domini* (=día del Señor), con referencia a la obra de la creación; *dies Christi* (=día de Cristo) como día de la nueva creación y del don del Espíritu Santo que hace el Señor resucitado; *dies Ecclesiae* (=día de la Iglesia), como día en que la comunidad cristiana se congrega para la celebración; *dies hominis* (=día del hombre) como día de alegría, descanso y caridad fraterna.

Por tanto, este día se muestra como la fiesta primordial en la que cada fiel –en el ambiente en que vive–, puede ser anunciador y custodio del sentido del tiempo. En efecto, de este día brota el sentido cristiano de la existencia y un nuevo modo de vivir el tiempo, las relaciones, el trabajo, la vida y la muerte.

Por tanto, es bueno que en el día del Señor los grupos eclesiales organicen, en torno a la celebración Eucarística dominical, manifestaciones propias de la comunidad cristiana, encuentros de amistad, iniciativas para formar la fe de niños, jóvenes y adultos, peregrinaciones, obras de caridad y diversos momentos de oración.

Ante estos valores tan importantes –aun cuando el sábado por la tarde, desde las primeras Vísperas, ya pertenezca al domingo– es preciso recordar que el domingo merece ser santificado por sí mismo, para que no termine siendo un día “vacío de Dios”.

Para la reflexión:

- ¿Qué me llama la atención de estos textos, qué me sugieren? ¿Por qué?
- Reflexiono las diversas dimensiones del domingo para los cristianos: *dies Domini* (=día del Señor), con referencia a la obra de la creación; *dies Christi* (=día de Cristo) como día de la nueva creación y del don del Espíritu Santo que hace el Señor resucitado; *dies Ecclesiae* (=día de la Iglesia), como día en que la comunidad cristiana se congrega para la celebración; *dies hominis* (=día del hombre) como día de alegría, descanso y caridad fraterna. ¿Cuál de ellas vivo con mayor intensidad, y cuál con menor intensidad? ¿A qué se debe?

Este texto contiene afirmaciones de gran riqueza doctrinal y espiritual. Las más importantes son:

- 1) El domingo celebra la Resurrección del Señor y, con ella, la nueva vida instaurada por Cristo; vida que afecta a todos los campos y actividades de la existencia cristiana. Vivir como cristianos es, pues, vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar un nuevo modo de vivir el tiempo, las relaciones, el trabajo, la vida y la muerte.
- 2) La Resurrección sólo se puede celebrar celebrando la Eucaristía; porque sólo ella nos da la presencia del mismo Resucitado. El Resucitado se hace presente en medio de los suyos como Persona viva y glorificada, y luego se les entrega en comunión. Por eso, sin Eucaristía no hay domingo.
- 3) Consiguentemente, el domingo es la fiesta principal cristiana.
- 4) El domingo tiene muchas dimensiones: recuerda la primera creación y la nueva creación realizada por Jesucristo; congrega a la comunidad cristiana en torno a la Eucaristía; y es un día de alegría, descanso y señorío para el hombre.
- 5) No sentir necesidad de participar en la Eucaristía y no participar de hecho es un síntoma muy grave, y pone en peligro la misma fe. La experiencia confirma esta enseñanza.
- 6) El domingo no es reducible a un “fin de semana”, en el que nos dedicamos a no trabajar, a viajar, a sumergirnos en diferentes diversiones, y a preocuparnos de nuestras cosas. Muy al contrario, es un día en que recordamos que somos cristianos, nos reunimos con los demás para celebrarlo en la Eucaristía, rompemos ataduras con todo lo que sea indigno o menos digno de nuestra condición cristiana, nos preocupamos de fomentar la relación y ayuda con los demás, y nos demostramos a nosotros mismos que somos señores, no esclavos, del tiempo y del trabajo.
- 7) Aunque la participación en la Eucaristía del sábado por la tarde se considera válida para cumplir el precepto de la Iglesia, no hemos de recurrir a ella como norma, pues la Eucaristía del domingo es la que convierte ese día en día del Señor Resucitado, y debe ser celebrada por sí misma, no simplemente para cumplir un precepto.

Para la reflexión:

- ¿Qué incidencia tiene en mí la Eucaristía del domingo durante el resto de días de la semana?
- El domingo no es reducible a un “fin de semana”, en el que nos dedicamos a no trabajar, a viajar, a sumergirnos en diferentes diversiones, y a preocuparnos de nuestras cosas. Muy al contrario, es un día en que recordamos que somos cristianos, nos reunimos con los demás para celebrarlo en la Eucaristía, rompemos ataduras con todo lo que sea indigno o menos digno de nuestra condición cristiana, nos preocupamos de fomentar la relación y ayuda con los demás, y nos demostramos a nosotros mismos que somos señores, no esclavos, del tiempo y del trabajo.
- Aunque la participación en la Eucaristía del sábado por la tarde se considera válida para cumplir el precepto de la Iglesia, no hemos de recurrir a ella como norma, pues la Eucaristía del domingo es la que convierte ese día en día del Señor Resucitado, y debe ser celebrada por sí misma, no simplemente para cumplir un precepto.

Benedicto XVI, en *Sacramentum Caritatis*, ha citado la Carta apostólica *Dies Domini*, de Juan Pablo II. En ella encontramos varios puntos para profundizar en el tema de nuestro retiro: “Sin Eucaristía, no hay Domingo”, porque el domingo es el día del Señor, es el día en que la Iglesia, mediante la celebración eucarística, expresa llena de esperanza el memorial de la muerte y la resurrección de Jesús. Es también el día de común unión y, por ello, un día para los hombres, para el descanso y la solidaridad entre todos.

Y dice Juan Pablo II:

4. Hasta un pasado relativamente reciente, la “santificación” del domingo estaba favorecida, en los países de tradición cristiana, por una amplia participación popular y casi la organización misma de la sociedad civil, que preveía el descanso dominical como punto fijo en las normas sobre las diversas actividades laborales. Pero hoy, en los mismos países en los que las leyes establecen el carácter festivo de este día, la evolución de las condiciones socioeconómicas a menudo ha terminado por modificar profundamente los comportamientos colectivos y por consiguiente la fisonomía del domingo.

Se ha consolidado la práctica del “fin de semana”, entendido como un tiempo de reposo, vivido a veces lejos de la vivienda habitual, y caracterizado a menudo por la participación en actividades culturales, políticas y deportivas. Se trata de un fenómeno social y cultural que tiene ciertamente elementos positivos en la medida en que puede contribuir al respeto de valores auténticos, al desarrollo humano y al progreso de la vida social en su conjunto. Responde no sólo a la necesidad de descanso, sino también a la exigencia de “hacer fiesta”, propia del ser humano.

Por desgracia, cuando el domingo pierde el significado originario y se reduce a un puro “fin de semana”, puede suceder que el hombre quede encerrado en un horizonte tan restringido que no le permite ya ver el “cielo”. Entonces, aunque vestido de fiesta, interiormente es incapaz de “hacer fiesta”. A los discípulos de Cristo se pide de todos modos que no confundan la celebración del domingo, que debe ser una verdadera santificación del día del Señor, con el “fin de semana”, entendido fundamentalmente como tiempo de mero descanso o diversión.

5. Debido a las dificultades sociológicas y quizás por la falta de fuertes motivaciones de fe, se da un porcentaje singularmente bajo de participantes en la liturgia dominical. En la conciencia de muchos fieles parece disminuir no sólo el sentido de la centralidad de la Eucaristía, sino incluso el deber de dar gracias al Señor, rezándole junto con otros dentro de la comunidad eclesial.

6. Parece necesario más que nunca recuperar las motivaciones doctrinales profundas que son la base para que todos los fieles vean muy claro el valor irrenunciable del domingo en la vida cristiana.

15. Toda la vida del hombre y todo su tiempo deben ser vividos como alabanza y agradecimiento al Creador. Pero la relación del hombre con Dios necesita también momentos de oración explícita, en lo que dicha relación se convierte en diálogo intenso, que implica todas las dimensiones de la persona. El “día del Señor” es, por excelencia, el día de esta relación.

31. Aunque el domingo es el día de la resurrección, no es sólo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino que es celebración de la presencia viva del Resucitado en medio de los suyos. Para que esta presencia pueda ser anunciada y vivida de manera adecuada no basta que los discípulos de Cristo oren individualmente y recuerden en su interior, en lo recóndito de su corazón, la muerte y resurrección de Cristo (...) Es importante que se reúnan, para expresar así, plenamente la identidad misma de la Iglesia, la *ekklesia*, asamblea convocada por el Señor resucitado.

33. Precisamente en la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos.

35. El *dies Domini* se manifiesta así también como *dies Ecclesiae*. Se comprende entonces por qué la dimensión comunitaria de la celebración dominical debe ser particularmente destacada a nivel pastoral. En este sentido, el concilio Vaticano II ha recordado la necesidad de trabajar para que florezca el sentido de comunidad parroquial, sobre todo en la celebración común de la misa dominical.

36. En las Misas dominicales de la parroquia, como “comunidad eucarística”, es normal que se encuentren los grupos, movimientos, asociaciones y las pequeñas comunidades religiosas presentes en ella. Por esto en domingo, día de la asamblea, no se han de fomentar las Misas de los grupos pequeños: no se trata únicamente de evitar que a las asambleas parroquiales les falte el necesario ministerio de los sacerdotes, sino que se ha de procurar salvaguardar y promover plenamente la unidad de la comunidad eclesial.

48. Hoy, como en los tiempos heroicos del principio, en tantas regiones del mundo se presentan situaciones difíciles para muchos que desean vivir con coherencia la propia fe. El ambiente es a veces declaradamente hostil y, otras veces –y más a menudo– indiferente y reacio al mensaje evangélico. El creyente, si no quiere verse avasallado por este ambiente, ha de poder contar con el apoyo de la comunidad cristiana. Por eso es necesario que se convenza de la importancia decisiva que, para su vida de fe, tiene reunirse el domingo con los otros hermanos para celebrar la Pascua del Señor con el sacramento de la Nueva Alianza.

Para la reflexión:

- ¿Confundo la celebración del domingo, que debe ser una verdadera santificación del día del Señor, con el “fin de semana”, entendido fundamentalmente como tiempo de mero descanso o diversión?
- Es necesario que el creyente se convenza de la importancia decisiva que, para su vida de fe, tiene reunirse el domingo con los otros hermanos para celebrar la Pascua del Señor con el sacramento de la Nueva Alianza. ¿Qué importancia tiene para mí reunirme con los demás miembros de mi comunidad parroquial para celebrar la Eucaristía?

ACTUAR:

52. Si la participación en la Eucaristía es el centro del domingo, sin embargo sería reductivo limitar sólo a ella el deber de “santificarlo”. En efecto, el día del Señor es bien vivido si todo él está marcado por el recuerdo agradecido y eficaz de las obras salvíficas de Dios. Todo ello lleva a cada discípulo de Cristo a dar también a los otros momentos de la jornada vividos fuera del contexto litúrgico –vida en familia, relaciones sociales, momentos de diversión– un estilo que ayude a manifestar la paz y la alegría del Resucitado en el ámbito ordinario de la vida.

81. Es de importancia capital que cada fiel esté convencido de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad cristiana, sin tomar parte regularmente en la asamblea eucarística dominical. Si en la Eucaristía se realiza la plenitud de culto que los hombres deben a Dios y que no se puede comparar con ninguna otra experiencia religiosa, esto se manifiesta con eficacia particular precisamente en la reunión dominical de toda la comunidad, obediente a la voz del Resucitado que la convoca, para darle la luz de su Palabra y el alimento de su Cuerpo como fuente sacramental perenne de redención. La gracia que mana de esa fuente renueva a los hombres, la vida y la historia.

82. Con esta firme convicción de fe, acompañada por la conciencia del patrimonio de valores incluso humanos insertados en la práctica dominical, es como los cristianos de hoy deben afrontar la atracción de una cultura que ha conquistado favorablemente las exigencias de descanso y de tiempo libre, pero que a menudo las vive superficialmente y a veces es seducida por formas de diversión que son moralmente discutibles.

El cristiano se siente en cierto modo solidario con los otros hombres en gozar del día de reposo semanal; pero, al mismo tiempo, tiene viva conciencia de la novedad y originalidad del domingo, día en el que está llamado a celebrar la salvación suya y de toda la humanidad. Si el domingo es día de alegría y descanso, esto le viene precisamente por el hecho de que es el “día del Señor”, el día del Señor resucitado.

SIN EL DOMINGO NO PODEMOS – De una homilía del Papa Benedicto XVI (9 – IX – 2007)

«*Sine dominico non possumus!*». Sin el día del Señor no podemos vivir: así respondieron en el año 304 algunos cristianos de Abitinia cuando, sorprendidos en la celebración eucarística dominical, que estaba prohibida, fueron conducidos ante el juez, sabiendo que esto se castigaba con la muerte. Para aquellos cristianos la celebración eucarística dominical no era un precepto, sino una necesidad interior. Sin Aquel que sostiene nuestra vida, la vida misma queda vacía. Abandonar o traicionar este centro quitaría a la vida misma su fundamento, su dignidad interior y su belleza.

Esa actitud de los cristianos de entonces, ¿tiene importancia también para nosotros, los cristianos de hoy? Sí, es válida también para nosotros, que necesitamos una relación que nos sostenga y nos dé orientación y contenido a nuestra vida. También nosotros necesitamos el contacto con el Resucitado, que nos sostiene más allá de la muerte. Necesitamos este encuentro que nos reúne, que nos da un espacio de libertad, que nos hace mirar más allá del activismo de la vida diaria hacia el amor creador de Dios, del cual provenimos y hacia el cual vamos en camino.

«*Sine dominico non possumus!*». Sin el Señor y el día que le pertenece no se realiza una vida plena. En nuestras sociedades occidentales el domingo se ha transformado en un fin de semana, en tiempo libre. Ciertamente, el tiempo libre, especialmente con la prisa del mundo moderno, es algo bello y necesario, como lo sabemos todos. Pero si el tiempo libre no tiene un centro interior, del que provenga una orientación para el conjunto, acaba por ser tiempo vacío que no nos fortalece ni nos recrea. El tiempo libre necesita un centro: el encuentro con Aquel que es nuestro origen y nuestra meta.

Para la reflexión:

- ¿Qué razones daría ahora para afirmar “Sin Eucaristía no hay domingo”?
- ¿Qué voy a hacer para dar a los diferentes ámbitos de mi vida un estilo que ayude a manifestar lo que celebro en la Eucaristía dominical?

ORACIÓN:

Gracias Señor, porque en la Última Cena partiste tu Pan y Vino en infinitos trozos, para saciar nuestra hambre y nuestra sed... Al partirte y repartirte quieres que nosotros construyamos tu Reino, que estemos en comunión, que construyamos comunidad.

Gracias Señor, porque nos amaste hasta el final, hasta el extremo que se puede amar: morir por otro, dar la vida por otro, para que nosotros hagamos lo mismo.

Gracias Señor, porque quisiste celebrar tu entrega, en torno a una mesa con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor, de fraternidad, de paz, de vida...

Gracias Señor, porque en la Eucaristía nos haces UNO contigo, nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos a entregar la nuestra... sobre todo, por los más necesitados.

Gracias, Señor, porque todos los domingos podemos celebrar y compartir la Eucaristía, en comunidad, porque sin ella, sin el domingo no podemos.

VER:

- ¿Conocía estos documentos, *Sacramentum Caritatis*, *Ecclesia de Eucharistia* y *Dies Domini*, que estamos siguiendo este año? ¿Los he leído o tengo intención de hacerlo? ¿Por qué?
- Qué es el domingo para mí? ¿Cómo ordenaría, en un domingo, los siguientes conceptos: la familia, los amigos, la parroquia, el descanso, las diversiones...?
- ¿Cuándo participo habitualmente en la Eucaristía, sábado por la tarde o domingo? ¿Por qué?
- ¿Creo que “sin Eucaristía no hay domingo”? ¿Qué razones daría si alguien me lo preguntase?

JUZGAR: SIN EUCARISTÍA NO HAY DOMINGO

72. La costumbre característica de los cristianos de reunirse el primer día después del sábado para celebrar la resurrección de Cristo –según el relato de san Justino, mártir– es el hecho que define también la forma de la existencia renovada por el encuentro con Cristo (...) Los cristianos siempre han vivido este día como el primero de la semana, porque hace memoria de la radical novedad traída por Cristo. Así, pues, el domingo es el día en que el cristiano encuentra esa forma eucarística de su existencia y a la que está llamado a vivir constantemente. “Vivir el domingo” quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente.

73. Los Padres sinodales, conscientes de este nuevo principio de vida que la Eucaristía pone en el cristiano, han reafirmado su importancia para todos los fieles, como fuente de libertad auténtica, para poder vivir cada día según lo celebrado en el “día del Señor”.

En efecto, la vida de fe peligra cuando ya no se siente el deseo de participar en la celebración eucarística, en la que se hace memoria de la victoria pascual. Participar en la asamblea litúrgica dominical –junto con los hermanos y hermanas con los que se forma un solo Cuerpo en Jesucristo– es algo que la conciencia cristiana reclama y que al mismo tiempo la forma. Perder el sentido del domingo, como día del Señor para santificar, es síntoma de una pérdida del sentido auténtico de la libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios.

A este respecto, son hermosas las observaciones de mi querido predecesor Juan Pablo II, en la Carta apostólica *Dies Domini*, a propósito de las diversas dimensiones del domingo para los cristianos: es *dies Domini* (=día del Señor), con referencia a la obra de la creación; *dies Christi* (=día de Cristo) como día de la nueva creación y del don del Espíritu Santo que hace el Señor resucitado; *dies Ecclesiae* (=día de la Iglesia), como día en que la comunidad cristiana se congrega para la celebración; *dies hominis* (=día del hombre) como día de alegría, descanso y caridad fraterna.

Por tanto, este día se muestra como la fiesta primordial en la que cada fiel –en el ambiente en que vive–, puede ser anunciador y custodio del sentido del tiempo. En efecto, de este día brota el sentido cristiano de la existencia y un nuevo modo de vivir el tiempo, las relaciones, el trabajo, la vida y la muerte.

Por tanto, es bueno que en el día del Señor los grupos eclesiales organicen, en torno a la celebración Eucarística dominical, manifestaciones propias de la comunidad cristiana, encuentros de amistad, iniciativas para formar la fe de niños, jóvenes y adultos, peregrinaciones, obras de caridad y diversos momentos de oración.

Ante estos valores tan importantes –aun cuando el sábado por la tarde, desde las primeras Vísperas, ya pertenezca al domingo– es preciso recordar que el domingo merece ser santificado por sí mismo, para que no termine siendo un día “vacío de Dios”.

- ¿Qué me llama la atención de estos textos, qué me sugieren? ¿Por qué?
 - Reflexiono las diversas dimensiones del domingo para los cristianos: *dies Domini* (=día del Señor), con referencia a la obra de la creación; *dies Christi* (=día de Cristo) como día de la nueva creación y del don del Espíritu Santo que hace el Señor resucitado; *dies Ecclesiae* (=día de la Iglesia), como día en que la comunidad cristiana se congrega para la celebración; *dies hominis* (=día del hombre) como día de alegría, descanso y caridad fraterna. ¿Cuál de ellas vivo con mayor intensidad, y cuál con menor intensidad? ¿A qué se debe?
-

- ¿Qué incidencia tiene en mí la Eucaristía del domingo durante el resto de días de la semana?
 - El domingo no es reducible a un “fin de semana”, en el que nos dedicamos a no trabajar, a viajar, a sumergirnos en diferentes diversiones, y a preocuparnos de nuestras cosas. Muy al contrario, es un día en que recordamos que somos cristianos, nos reunimos con los demás para celebrarlo en la Eucaristía, rompemos ataduras con todo lo que sea indigno o menos digno de nuestra condición cristiana, nos preocupamos de fomentar la relación y ayuda con los demás, y nos demostramos a nosotros mismos que somos señores, no esclavos, del tiempo y del trabajo.
 - Aunque la participación en la Eucaristía del sábado por la tarde se considera válida para cumplir el precepto de la Iglesia, no hemos de recurrir a ella como norma, pues la Eucaristía del domingo es la que convierte ese día en día del Señor Resucitado, y debe ser celebrada por sí misma, no simplemente para cumplir un precepto.
-

- ¿Confundo la celebración del domingo, que debe ser una verdadera santificación del día del Señor, con el “fin de semana”, entendido fundamentalmente como tiempo de mero descanso o diversión?
 - Es necesario que el creyente se convenza de la importancia decisiva que, para su vida de fe, tiene reunirse el domingo con los otros hermanos para celebrar la Pascua del Señor con el sacramento de la Nueva Alianza. ¿Qué importancia tiene para mí reunirme con los demás miembros de mi comunidad parroquial para celebrar la Eucaristía?
-

ACTUAR:

SIN EL DOMINGO NO PODEMOS – De una homilía del Papa Benedicto XVI (9 – IX – 2007)

«*Sine dominico non possumus!*». Sin el Señor y el día que le pertenece no se realiza una vida plena. En nuestras sociedades occidentales el domingo se ha transformado en un fin de semana, en tiempo libre. Ciertamente, el tiempo libre, especialmente con la prisa del mundo moderno, es algo bello y necesario, como lo sabemos todos. Pero si el tiempo libre no tiene un centro interior, del que provenga una orientación para el conjunto, acaba por ser tiempo vacío que no nos fortalece ni nos recrea. El tiempo libre necesita un centro: el encuentro con Aquel que es nuestro origen y nuestra meta.

- ¿Qué razones daría ahora para afirmar “Sin Eucaristía no hay domingo”?
 - ¿Qué voy a hacer para dar a los diferentes ámbitos de mi vida un estilo que ayude a manifestar lo que celebro en la Eucaristía dominical?
-

ORACIÓN:

Gracias Señor, porque en la Última Cena partiste tu Pan y Vino en infinitos trozos, para saciar nuestra hambre y nuestra sed... Al partirte y repartirte quieres que nosotros construyamos tu Reino, que estemos en comunión, que construyamos comunidad.

Gracias Señor, porque nos amaste hasta el final, hasta el extremo que se puede amar: morir por otro, dar la vida por otro, para que nosotros hagamos lo mismo.

Gracias Señor, porque quisiste celebrar tu entrega, en torno a una mesa con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor, de fraternidad, de paz, de vida...

Gracias Señor, porque en la Eucaristía nos haces UNO contigo, nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos a entregar la nuestra... sobre todo, por los más necesitados.

Gracias, Señor, porque todos los domingos podemos celebrar y compartir la Eucaristía, en comunidad, porque sin ella, sin el domingo no podemos.